

CAPITULO CXCVII.

Guerra en el exterior.—Relaciones entre Francia y España.—Guerra de la Valtelina.—Negociase la paz, que se firma en Monzon.

Funesto legado habían hecho á Felipe IV los anteriores reinos con las guerras y los compromisos pendientes, y mucho más funesto todavía cuando al lado de aquel Monarca joven y falto de experiencia no había una capacidad suficiente á sacar la nación de todas aquellas complicaciones, sin menoscabo de su honra ni perjuicio de sus intereses.

Pero en vez de esto, el favorito, para asegurar doblemente su privanza, fascinó al Rey con la idea de hacerle el más poderoso monarca del mundo; desdichado propósito que le condujo al extremo contrario.

Poco antes de morir Felipe III recomendó mucho á su hijo que procurase poner término á la funesta guerra que estaba asolando la Valtelina, para cuyo efecto se habían entablado ya negociaciones.

Prosiguiéronse éstas, y finalmente, en 25 de abril de 1621 concertóse en Madrid un tratado por el cual se convenia en que el rey de España no tendría en los confines de Milan, por la parte de la Valtelina, más tropas que las que ántes de los primeros movimientos acostumbraba á tener, haciendo por su parte los grisonos lo mismo; que había de restablecerse la religion católica tal como estaba en 1617; que se demolerian los fuertes que los españoles habían levantado allí, y que á su vez los de la Liga darían un indulto general.

Al tener noticia de este tratado, los católicos del valle protestaron enérgicamente contra él, pidiendo que se anulara, toda vez que en virtud de él volvían á quedar á merced de los grisonos protestantes, que volverían á imponerles su yugo y á cometer con ellos las mismas tropelías de que habían conseguido evadirse con el auxilio de España.

El rey de Francia, enemigo de la casa de Austria, y más todavía que él su ministro el cardenal de Richelieu, reclamaban sin cesar la ejecución de aquel convenio, ejecución que el conde-duque de Olivares dilataba cuanto podía, hasta que para evitar que Luis XIII sacase de aquí pretexto para provocar una nueva guerra, procedióse á un nuevo arreglo por el cual se acordó que los fuertes construídos por los españoles en la Valtelina habían de quedar en poder de un príncipe católico mientras que se arreglaran las diferencias que entre Francia y España había pendientes.

Creyó con esto Olivares haber hecho algo, y nada consiguió, puesto que empeñado el rey de Francia en encontrar un pretexto para arrojar á los españoles de Italia apresuróse á formar una liga con Saboya y Venecia, á fin de obligar á España á que restituyera la Valtelina á los grisonos.

De nuevo procuróse llegar á un arreglo por mediación del pontífice, y efectivamente, en 4 de febrero de 1623 hizo otro convenio por el cual aquellas fortalezas habían de quedar en poder del Papa.

Pero precisamente á los tres días de acordado esto, el rey de Francia, con general escándalo, renovó ó ratificó su liga con Venecia y Saboya, quedando acordado el levantamiento de un ejército para devolver la Valtelina á los grisonos.

Antes de que la guerra estallase quiso prevenirse para ella el ministro de Luis XIII, y renovó la alianza de su nación con las provincias unidas de Holanda, procurando tambien atraerse al pontífice Urbano VIII, que había sucedido á Gregorio XV, y que, colocado entre las exigencias de España y Francia, hallábase vacilando sin saber á qué lado inclinarse, por temor de descontentar á cualquiera de los dos.

Pero Richelieu no quería esperar ya más tiempo, y decidió á Luis XIII á recurrir á las armas, para cuyo efecto comenzó á levantar tropas en los cantones suizos.

Merced á esto y á las que de Francia envió, apoderáronse los franceses de varios fuertes de la Valtelina, sin que hicieran variar de propósito al Cardenal-ministro las reclamaciones del Pontífice y del embajador español.

Viendo los españoles que nada alcanzarían por la mediación del Papa, toda vez que ya la cuestion había ascendido á un terreno en el que únicamente la fuerza podría alcanzar la razon, buscáronse á su vez aliados y se confederaron con los príncipes de Parma, Módena y Toscana, y con las repúblicas de Génova y Luca, reuniendo entre todos estos Estados un ejército de veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos, que había de ponerse bajo el mando del duque de Feria, gobernador de Milan, y una armada compuesta de noventa velas que regiría el marques de Santa Cruz.

A su vez cada una de las provincias españolas comprometiése á contribuir con tropas, dinero ó naves, ofreciendo el clero mantener hasta veinte mil hombres, llegándose á reunir, merced á esto, un efectivo de ciento cuatro mil hombres de infantería, catorce mil seiscientos caballos, setenta y dos navíos y diez galeras, lo cual constituía un buen ejército.

La nobleza tomó su parte tambien en este poderoso esfuerzo nacional, contribuyendo con cerca de un millon de ducados, y la Reina y las infantas ofrecieron sus mejores joyas para sufragar los gastos de la guerra.

Al mismo tiempo recurrióse á la intriga para suscitar enemigos

al rey de Francia en el interior de sus Estados, y efectivamente los hugonotes se aprestaron tambien en contra de Luis XIII.

Al tener noticia Richelieu de los esfuerzos que España estaba haciendo para oponer una especie de valla á las tropas españolas que intentaran penetrar en la Valtelina, envió refuerzos al duque de Saboya, con quien pactó que si conseguía apoderarse de Génova se la partirían, y que si acaso el Duque quería reservársela para sí, se conquistaría el Milanesado para dárselo á Francia.

Incansable el ministro frances en buscar enemigos á España, trató de comprometer á la Inglaterra á su favor, mas no obtuvo sino ambiguas respuestas, por lo que dirigió sus trabajos hacia los holandeses, que se comprometieron á enviar veinte galeras bien armadas contra Génova.

Mientras esto tenía lugar, las tropas francesas, invadiendo el Monferrato, se apoderaban de casi todas sus plazas, lo cual originó que, resentida España por semejante conducta, ordenase el secuestro de todos los bienes que en sus reinos poseyeran los súbditos franceses, haciendo á su vez el rey de Francia lo mismo con los que poseían en su territorio los súbditos españoles y genoveses.

Tratóse todavía de llegar á un concierto respecto á la Valtelina, causa de todos aquellos aprestos, mas no pudo conseguirse, y en su consecuencia prosiguieron las hostilidades, llegando los genoveses al extremo de verse reducidos únicamente á la capital de su Estado y á la plaza de Savona.

Pero España no les abandonó, y mientras el marques de Santa Cruz con su escuadra hacía retirar á la francesa, el duque de Feria, al frente de un ejército de veinticinco mil hombres y catorce piezas de batir, penetraba en el Monferrato y hacía terrible manzana en los saboyanos, con lo cual, alentados los genoveses, arrojáronse denodadamente sobre sus adversarios, consiguiendo en muy poco tiempo recuperar cuanto perdieran.

A pesar de esto el ministro frances no desistía de sus propósitos, y temeroso de que los suizos le abandonasen, envió un mensajero á la Dieta helvética, que bien por las persuasiones, bien merced al oro de que iba provisto, consiguió finalmente que le prestara su apoyo.

Mas como quiera que el legado pontificio reconviniera sin cesar al Cardenal-ministro por el apoyo que prestaba á los calvinistas grisonos mientras en el interior de su reino oprimía á los hugonotes, y que semejante conducta no atraía sobre él más que censuras y reconveniones, tal vez por esta causa ó tal vez tambien porque los triunfos últimamente alcanzados por los españoles hicieran alguna mella en su ánimo, comenzó á mostrarse algo más favorable hacia la paz.

Para este efecto envió á Madrid en calidad de embajador al conde de Tárgis, y como quiera que España tambien necesitaba aliviarse del enorme peso que sostenía, llegóse por fin á un acuerdo.

La base de éste fué la del reconocimiento de la libertad de la Valtelina, aun cuando con la obligacion de satisfacer á los grisonos una cantidad en clase de tributo, reconociendo su soberanía, añadiendo una cláusula para que cuantas dificultades en materia de religion pudieran ocurrir se sometieran al juicio y fallo de la Sede pontificia y del Colegio de Cardenales.

Hallábase á la sazón Felipe IV en Monzon, donde, como hemos dicho en otro capítulo, había ido para celebrar Cortes de aragoneses, y allí, en enero de 1626, se firmó el tratado que llevó el nombre de aquélla, aun cuando despues se ratificó en Barcelona.

Poca satisfaccion causó la celebracion de esta paz al duque de Saboya y á la república de Venecia, á quienes Richelieu no dió parte alguna de él, quedando estos dos aliados de la Francia bastante resentidos.

No era menor el papel que, mientras tenían lugar estos acontecimientos, estaban jugando tambien las armas españolas en Alemania, pues, á pesar de la desventajosa situacion en que el reino se hallaba al advenimiento de Felipe IV al trono, Olivares renovó el tratado que el Monarca anterior hiciera con el emperador Fernando para ayudarle en las guerras que sostenía con los rebeldes de sus Estados.

En 1622 habíase dado orden al marques de Espinola para que continuase las operaciones con mayor decision, y en su consecuencia los generales conde de Tilly y Gonzalo Fernandez de Córdova, viznieto del Gran Capitan, atacaron á los rebeldes conde de Mansfeldt y al perturbador obispo de Flalberstald, Cristian de Brunswick, y los derrotaron en Gloecht, sobre el Mein, y despues Gonzalo de Córdova volvió de nuevo á tener un encuentro con ellos en Fleurus el 9 de agosto, constituyendo este hecho de armas uno de los más famosos de aquella guerra.

El obispo de Brunswick, el que se hacía llamar *amigo de Dios y enemigo de los sacerdotes*, el que robaba los templos y vendía ó acuñaba el oro y la plata que en ellos encontraba, y que muy justamente era considerado como el hombre más perverso de su tiempo, fué derrotado otra vez en el año de 1624, hasta que con su muerte, ocurrida en 1626, y con otras victorias alcanzadas por los generales imperiales pudo el Emperador quedar durante algun tiempo algo más desembarazado de enemigos.



J. SERRA. Lit.

LH. VIDAL, Olin. 27.

TOMA DE BREDA.

CAPITULO CXCVIII.

Espira la tregua con las Provincias unidas de Holanda. — Guerra en Flandes. — Toma de Breda. — Proyectos de matrimonio y resentimientos que á consecuencia de esto se produjeron.

La tregua de doce años que España había ajustado con las provincias unidas de Holanda, espiró en el primer año del reinado de Felipe IV, y como que durante el tiempo transcurrido aquéllas habían aumentado en bríos y en importancia, al invitarles el archiduque Felipe para que volvieran á la obediencia española, fué la contestación tan desdenosa y altiva, que se hizo inevitable la guerra.

Confederáronse los holandeses con el rey de Dinamarca, y el comienzo de la guerra no pudo ser más desastroso para los holandeses, pues el almirante español D. Fadrique de Toledo, que mandaba la escuadra del Océano, destruyó en las aguas de Gibraltar una flota de treinta buques mercantes de aquellas naciones, causándola pérdidas de gran valía, por las inmensas riquezas de que eran portadores.

Al mismo tiempo el marqués de Espinola, á quien se habían enviado órdenes al efecto, dió comienzo á sus operaciones en 1622 con la toma de la importante plaza de Juliers, acudiendo las tropas y los generales españoles indistintamente á Alemania y Holanda, según los acontecimientos lo exigían, pues, como dice un historiador, considerábase como una sola guerra la que estábamos sosteniendo en uno y otro lado del Rhin, y por lo tanto simultáneamente estaban las tropas en uno ó en otro punto.

El cardenal de Richelieu que, como hemos dicho, era un enemigo irreconciliable de la casa de Austria, en su afán de suscitar enemigos á España, alcanzó que el rey de Inglaterra ayudase á los holandeses con dinero y con permitirles que levantasen tropas en sus Estados.

Es verdad que en España se decomisaban sin cesar navíos de Holanda que navegaban con bandera alemana, pero también lo es que los buques de aquella república estaban causando daños de gran consideración en las costas de nuestras posesiones de América.

En 1623 ocurrieron las muertes de Jacobo I de Inglaterra y de Mauricio de Nassau, ambos formidables enemigos de España, pero estos acontecimientos en nada pudieron mejorar la situación de nuestro asunto en Flandes, puesto que al primero sucedió su hijo Carlos I, que estaba resentido con nosotros por razones que después expondremos, y al segundo su hermano Federico Enrique, amante de la independencia de su patria, y que tenían facultades no comunes para la guerra.

Mas un suceso inesperado vino á dar un favorable aspecto á la lucha que estaba sosteniéndose á la vez que elevaba en gran manera el concepto de los generales españoles. Felipe IV escribió al marqués de Espinola una carta-orden, famosa por lo lacónica, y más famosa por la precisión y exactitud con que se realizó.

«Marqués de Espinola, decia la orden, tomad á Breda,» y efectivamente, sin detenerse un punto, sin que le arredrasen los obstáculos y las dificultades que se le iban á oponer, sin reparar en la fortificación y en lo bien defendida que se hallaba la plaza, á los diez meses de cerco había caído en su poder, á pesar de los esfuerzos hechos por sus contrarios para impedirlo.

Al mismo tiempo D. Fadrique de Toledo arrojaba á los holandeses de Guayaquil, Puerto-Rico y otras islas de que se habían apoderado, y la armada de Nápoles se apoderaba de las galeras de los piratas berberiscos después de un glorioso combate en el que sucumbió el conde de Benavente, que mandaba la flota española.

Con esto queda demostrado que, á pesar de los cuantiosos sacrificios que estas guerras nos costaban, á pesar de los contratiempos que se habían sufrido en los seis primeros años del reinado de Felipe IV, los sucesos parecían acreditar el propósito del conde-duque de Olivares de hacer al rey de España el más poderoso de Europa, consiguiendo con esto adquirir más crédito cerca de su señor y apoderarse por completo de su ánimo.

Hemos dicho en otra parte que el nuevo monarca de Inglaterra estaba extraordinariamente resentido con España, y que en su vengativa saña no podíamos esperar nada con la muerte de su padre Jacobo I, y vamos á explicar con la mayor brevedad posible las causas de este resentimiento.

En los últimos años del reinado de Felipe III, á fin de fijar sobre mas sólidas bases la amistad entre ambos países, habíase tratado del matrimonio del príncipe de Gales, que era Carlos, con la infanta D.ª María, hermana del heredero de la corona de España.

Muerto Felipe, prosiguieron las negociaciones, y las esperanzas del inglés, á quien convenía una alianza semejante, adquirieron mayor fundamento, viniendo á Madrid el conde de Bristol en calidad de embajador.

Las condiciones que por una y otra parte se exigían para la realización de este enlace, eran: que el rey de España y el emperador de Alemania devolvieran al elector Palatino los Estados que había perdido en la guerra de Alemania, y á su vez el rey de España pedía para los católicos ingleses la libertad que el Papa exigía en cambio de su dispensa para la celebración del enlace, que no podía tener lugar sin este requisito.

No se mostraban muy dispuestos ambos soberanos á hacer las concesiones que mutuamente se exigían, pero á pesar de esto, el

embajador Bristol hizo entrever á la corte inglesa que el asunto tendria un término satisfactorio, y en su consecuencia determinóse que el mismo príncipe, acompañado del entonces conde de Buckingham, atreviéndose la Francia de incógnito, viniese á Madrid, donde llegó el 7 de marzo de 1623, cuando nadie podía imaginarse tal cosa.

Pocos días después verificó su entrada solemne, y como dice un historiador moderno, «acaso nunca príncipe alguno fué recibido en la corte de España con más suntuosidad y más pompa; acaso ninguno fué nunca agasajado con más variados y brillantes festejos públicos; y para no poner tasa al lujo que cada cual quisiera desplegar, se mandó suspender la pragmática sobre trajes. A juzgar por aquellas demostraciones, nadie tampoco debió concebir más fundadas esperanzas del buen éxito de su pretension. Pero el asunto del matrimonio estuvo muy lejos de marchar tan de prisa y tan en bonanza como sin duda el pretendiente debió creer: al contrario, observábase una lentitud extraña y desacostumbrada. Se consultó sobre él al Pontífice, se llevó igualmente en consulta á juntas de teólogos, canonistas, juriscónsultos, consejeros, generales y prelados de las órdenes, y se pidió parecer á muchos religiosos y particulares. Casi todos dieron dictámen favorable al matrimonio, y se trató de fijar el día en que habían de celebrarse las bodas. Pero cuanto más adelantados parecían ir los tratos más se suscitaban nuevas dificultades, y entrevíase si acaso el matrimonio no era del gusto de los ingleses; por parte de la corte española también se obraba, de un modo que daba lugar á que pudiera pensarse todo menos que se tratara como asunto serio. El Rey le obsequiaba, Olivares le entretenía, divertíale el público, pero en los capítulos matrimoniales nunca faltaba algun reparo que poner. Y cuando el príncipe instaba para que se concluyeran, hizosele entender que estando la estación tan avanzada, la infanta no podría salir de España hasta la primavera próxima.

«Ya esto hizo desconfiar al aventurero príncipe, cuya paciencia se iba acabando. Buckingham tenía sus rivales en Londres, en Madrid no corría bien con Olivares, y aconsejó al príncipe que se volviese á su reino, y el rey Jacobo su padre, cansado también de tan largo entretenimiento, le ordenó que se volviese á Inglaterra.»

Poco prudente andubo el monarca español ó mejor dicho su ministro en la conducta observada con el príncipe inglés, pues no sospecharon que todo aquello no podía menos de enjendrar resentimientos que mas tarde ó mas temprano habían de darnos seriamente que sentir.

Lafuente ocupándose de este asunto dice: «Dispuso, pues, el príncipe inglés su partida, dejando no obstante un embajador para que siguiese arreglando los desposorios. Nada se hizo en la corte para detenerlo. Hizoles el Rey magníficos regalos y á todos los caballeros de su comitiva, y lo mismo ejecutaron el de Olivares y otros grandes del reino. Verificóse, pues, la salida del Príncipe (7 de setiembre, 1623), después de siete meses pasados entre festejos, esperanzas y sospechas; acompañóle el Rey y los infantes hasta el Escorial, donde se despidieron abrazándose afectuosamente, continuando desde allí su viaje á Santander y á Londres, á cuya ciudad arribó el 4 de octubre en compañía del duque de Buckingham, con quien había venido.

«Natural era que el Príncipe, si bien no rechazado, pero tampoco favorecido de España, aunque acá procurase mostrar buen semblante, allá no ocultó que iba herido en lo que hiera más profundamente el corazón á un jóven. El Rey y la corte lo atribuyeron á una intriga del conde-duque de Olivares, que luego veremos si se condujo con desacierto ó con tino en este negocio, y comenzaron unos y otros á mirar con malos ojos á España, y á desear ocasiones en que humillarla y abatirla. Por eso al año siguiente (1624) los holandeses obtuvieron dinero de la Inglaterra para la guerra contra España, y el permiso para levantar seis mil hombres en aquel reino. Por eso en 1625 el cardenal de Richelieu pidió bagajes á aquella potencia para atacar por mar á los genoveses protegidos por los españoles. Por eso los piratas ingleses infestaban nuestras costas de América en union con los de Holanda. Y como á este tiempo murió el rey Jacobo I, y le sucediese su hijo Carlos, el pretendiente de la infanta de España, cuando era príncipe de Gales, víéronse luego los efectos de su resentimiento contra la nación de quien se contemplaba ofendido. Una escuadra de noventa velas inglesas se presentó á fines de aquel año (1625) delante de Lisboa: no se atrevió á atacar la ciudad, pero doblando el cabo de San Vicente y entrando en la bahía de Cádiz, lord Wimbladon, que la mandaba, echó en tierra diez mil hombres, que se apoderaron de la torre del Puntal; si bien rechazados primero por D. Fernando Giron, al frente de los paisanos armados, y amenazados después por el duque de Medinasidonia, gobernador de Andalucía, que acudió con la nobleza de las ciudades y algunas tropas, se reembarcaron precipitadamente, se alejaron de la costa, y regresaron á Plymouth (8 de noviembre) con pérdida de mil hombres y de treinta naves. No volvió por entonces Carlos I á hostilizarnos.»



GUSTAVO ADOLFO, REY DE SUECIA.